





# La inteligencia también es corporal

Javier Herrero

---

*ojo de agua - ambiente educativo*

 Partida Racó de Pastor s/n, 03790 ORBA (Alicante)

 965.583.213 - 649.901.562

[ojodeagua@telefonica.net](mailto:ojodeagua@telefonica.net)

## La inteligencia también es corporal

*Javier Herrero*

Más aún. La inteligencia es, antes que nada, corporal. Sin el desarrollo de esta inteligencia corporal, sería imposible el desarrollo de la inteligencia formal o lógica abstracta que tanto valoramos y a la que solemos reducir el concepto de inteligencia. Nuestro mediador natural con el mundo exterior es el cuerpo. El movimiento del propio cuerpo es la acción que pone en relación nuestro órgano más evolucionado -el cerebro, responsable de las funciones mentales más complejas- con el medio externo a través del sistema nervioso central. Cada vez que un/a bebé se mueve, se está generando actividad cerebral, se están produciendo conexiones interneuronales. Todo el proceso de búsqueda constante de complejos equilibrios que realiza un ser humano desde su nacimiento hasta que es capaz de caminar erguido (*homo erectus*) es un proceso de adaptación al medio, es un proceso inteligente que se continúa durante toda la vida a distintos niveles.

Cuando interferimos en la actividad de búsqueda de equilibrios de l@s niñ@s y l@s bebés, cuando interferimos en su movimiento espontáneo colocándoles en posiciones o lugares que no son capaces de alcanzar por sí sol@s o ayudándoles a superar obstáculos que ell@s mism@s han decidido afrontar; cuando interferimos así, les estamos ahorrando a l@s niñ@s oportunidades de aprendizaje, de actividad inteligente; les restamos oportunidades de realizar nuevas conexiones neuronales. Le restamos experiencias. Por eso cuanto más se preserve la actividad espontánea de l@s bebés y l@s niñ@s, disfrutarán de más oportunidades de actividad inteligente. Sin que esto quiera significar que l@s niñ@s puedan hacer todo lo que le venga en gana.

Esta sensación de que cada actividad, cada iniciativa, que desarrolla una niñ@ es un intento de buscar sentido al mundo exterior, permite observar las acciones de l@s niñ@s con otra mirada. Particularmente, me resulta tremendamente placentero observar la actividad de l@s niñ@s porque siempre consiste en una pugna por solucionar problemas, por ponerse nuevamente a prueba, por explorar aspectos desconocidos, por reasegurarse a través de la repetición sistemática. Pero más placentero aún me resulta cada vez que un/a niñ@ es capaz de superar un obstáculo o una dificultad que se le ha planteado en el camino. La actitud más frecuente en esta cultura es evitarle todos los obstáculos a l@s pequeñ@s (para que no lloren y no sientan malestar). Y así le instalamos en un círculo vicioso en el que l@s niñ@s acaban acudiendo a l@s adult@s para que ést@s le resuelvan cualquier problema, de forma que elude afrontar los obstáculos por sí mismo, puesto que los adultos lo hacen por él. Transcurrido el tiempo, lo que ocurre es que l@s adult@s se cansan de hacerle siempre ese trabajo o de darle la solución. Y es entonces cuando se plantea el conflicto. L@s niñ@s quieren continuar el esquema hasta ahora desarrollado y l@s adult@s, paradójicamente, se sorprenden de que sigan deseando que se le ayude o se le resuelva sistemáticamente.

Por otra parte, es cierto que adoptar una actitud de apoyo a la iniciativa de l@s niñ@s supone, con frecuencia, enfrentarnos al malestar que se va a producir en las ocasiones que no sean capaces de llevar a término sus propósitos. Y acompañar ese proceso (con la considerable dedicación de tiempo que eso requiere) no es tarea fácil. Pero si para aprender a sobrevivir es importante conocer nuestras propias capacidades, no lo es menos conocer las limitaciones. L@s niñ@s que desconocen sus propias limitaciones tienen menos posibilidades de interactuar con éxito en sus relaciones con el medio exterior. Siempre hay aprendizaje en las iniciativas de l@s niñ@s, siempre hay curiosidad, siempre hay deseo de conocer. Por eso, procurarles ayuda, cuando ésta no ha sido solicitada explícitamente, no sólo es una descortesía sino casi siempre un bienintencionado error.

Es a partir de comenzar a observar la actividad de l@s niñ@s y l@s bebés, que podemos comenzar a valorarla. Sólo entonces podemos caer en la cuenta de cuán valiosa resulta. De ahí a adoptar una actitud que reconozca la importancia que concedemos a su actividad hay sólo un paso. Un paso tan sencillo como pedir permiso para dirigirnos a l@s bebés, avisarles cuando y cómo vamos a manipular su cuerpo, esperar a que termine una actividad para interrumpirles o adelantarles que en un corto periodo de tiempo se tendrá que interrumpir ésta u observarle simplemente para poder tener la oportunidad de descubrir en la solución de qué nuevos retos se está ocupando.

Es así como hemos llegado a descubrir la conexión de este tipo de actitud con una actitud de respeto en todos los ámbitos para llegar a darnos cuenta de que "los niños –de forma natural- tratan a los demás de la misma forma en que son tratados." Comenzaba proponiendo el respeto a la actividad espontánea de l@s niñ@s para posibilitar el asentamiento de las sólidas bases de lo que más tarde se transformará en la inteligencia abstracta, pero en definitiva todo esto, aún siendo cierto, no es sino una excusa para abogar -una vez más- por el respeto a l@s niñ@s como seres humanos dueños de su propia vida que tienden de forma natural hacia la autonomía, hacia el desarrollo, hacia el equilibrio, hacia la vida. Una actitud que John Holt sintetizó magistralmente: "Simplemente, confiar en los niños."

**Autodidacta**, número 18, verano 2006